

EL GATO con botas

Charles Perrault | Ilustraciones de Leicia Gotlibowski



Este material ha sido elaborado por la Dirección Provincial de Educación Primaria dependiente de la Subsecretaría de Educación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires.

Autor de la obra: Charles Perrault. Ilustraciones: Leicia Gotlibowski.

Febrero 2023

El gato con botas

Había una vez un molinero que, antes de morir, llamó a sus tres hijos y les dejó todos sus bienes: un molino, un asno y un gato. El reparto de la herencia se hizo enseguida, sin llamar al notario ni al procurador, pues probablemente se hubieran llevado todo el pobre patrimonio. El hijo mayor se quedó con el molino; el segundo, con el asno, y al más pequeño solo le correspondió el gato.

El hijo menor no podía consolarse de haber recibido tan poca cosa.

—Mis hermanos —decía— podrán ganarse la vida honradamente juntándose los dos. En cambio yo, en cuanto me haya comido el gato y me haya hecho un manguito con su piel, me moriré de hambre.



El gato, que entendía estas palabras pero ponía cara de que no, le dijo con aire serio y sosegado:

—No se aflija en absoluto, mi amo. No tiene más que darme un saco y hacerme un par de botas para ir por los matorrales y ya verá que su herencia no es tan poca cosa como usted cree.

Aunque el amo del gato no puso muchas esperanzas en él, lo había visto valerse de tantas tretas para cazar ratas y ratones, como cuando se colgaba por sus patas traseras o se escondía en la harina haciéndose el muerto, que no perdió totalmente la ilusión de que lo socorriera en su miseria.

En cuanto el gato tuvo lo que había solicitado, se calzó rápidamente las botas, se echó el saco al hombro, tomó los cordones con sus patas delanteras y se dirigió a un coto de caza en donde había muchos conejos. Puso salvado y hierbas dentro del saco, se tendió en el suelo como si estuviese muerto, y esperó que algún conejillo, poco conocedor de las trampas de este mundo, viniera a meterse en el saco para comer lo que en él había echado.

Apenas se recostó, tuvo la primera satisfacción; un distraído conejito entró en el saco. El gato tiró enseguida de los cordones para atraparlo y lo mató sin compasión.

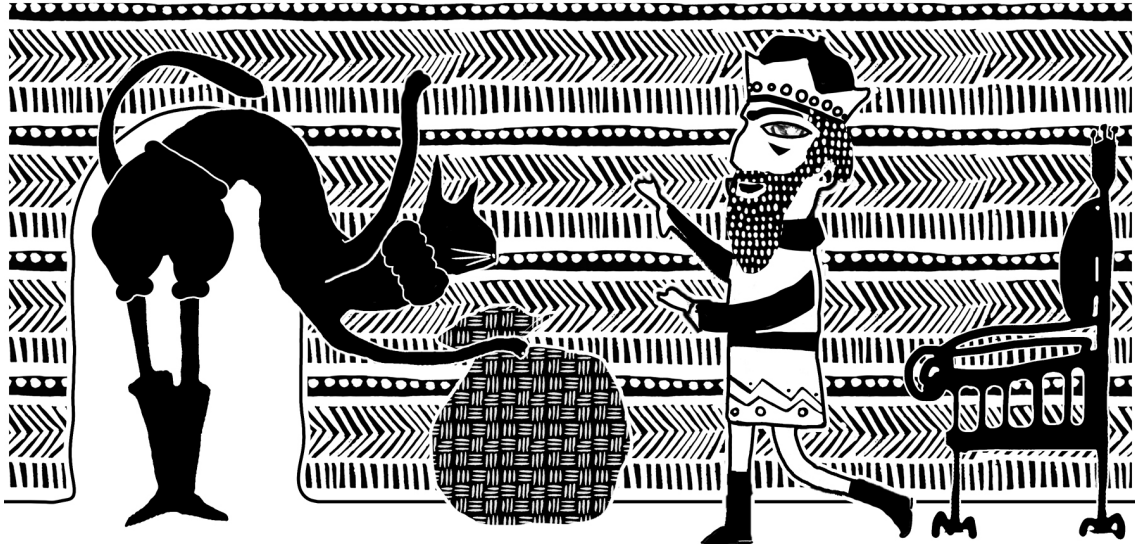
El gato, muy orgulloso de su presa, se dirigió hacia el palacio del rey y pidió a los guardias que lo dejaran entrar para hablar con él.



Lo hicieron pasar a los aposentos de Su Majestad y, después de hacer una gran reverencia al rey, le dijo:

—Majestad, aquí tenéis un conejo de campo que el señor Marqués de Carabás (que es el nombre que se le ocurrió dar a su amo) me ha encargado ofreceros de su parte.

—Dile a tu amo –contestó el rey– que se lo agradezco, y que me halaga en gran medida.



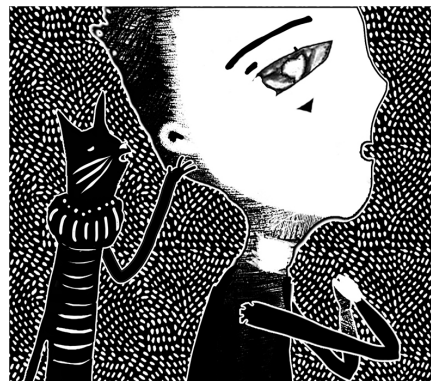
Tiempo más tarde, se escondió en un campo de trigo con el saco abierto. En cuanto dos perdices entraron en él, tiró de los cordones y las cazó. Enseguida fue a ofrecérselas al rey, tal como había hecho con el conejo de campo. Una vez más, el rey se sintió halagado al recibir las dos perdices. Ordenó a sus criados que dieran al gato una propina y le sirvieran, además, lo que deseara comer y beber.

Durante dos o tres meses, el gato continuó llevando al rey las piezas que cazaba. Siempre le decía que lo enviaba su amo, el Marqués de Carabás.

Un día el gato se enteró que el rey iba a dar un paseo por la orilla del río con su hija, la princesa más hermosa del mundo. Sin perder un segundo, le dijo a su amo:

—Si sigue mi consejo podrá hacer fortuna. No tiene más que bañarse en el río, en el lugar que yo le indique, y luego déjeme hacer a mí. Pero recuerde que ahora es usted el Marqués de Carabás; ya no es más el hijo de un pobre molinero.

El Marqués de Carabás hizo lo que su gato le aconsejaba, sin saber con qué fines lo hacía.



Mientras el joven se bañaba, pasó por allí el rey. Apenas lo vio, el gato se puso a gritar con todas sus fuerzas.

¡SOCORRO! ¡SOCORRO!
¡Se ahoga el Marqués de Carabás!



Al oír los gritos, el rey se asomó por la ventanilla de su carruaje y, reconociendo al gato que tantas piezas de caza le había llevado, ordenó a sus guardias que fueran enseguida en auxilio del Marqués de Carabás.

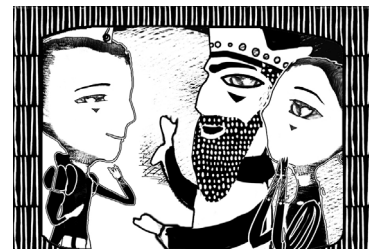
Mientras sacaban del río al pobre Marqués, el gato se acercó a la carroza y le dijo al rey que unos ladrones se habían llevado la ropa de su amo a pesar de que él gritó

con todas sus fuerzas pidiendo ayuda. Pero la verdad era que el pícaro gato las había escondido debajo de una enorme piedra.

Al instante, el rey ordenó a los encargados de su guardarropa que fueran a buscar uno de sus más hermosos trajes y vistieran con él al señor Marqués de Carabás.

El rey quiso que subiera a la carroza y lo acompañara en su paseo. A partir de ese momento le ofreció mil muestras de amistad al hijo del molinero.

El hermoso traje que acababan de darle realzaba su figura, pues el muchacho era guapo y de buena presencia. Incluso la hija del rey lo encontró muy de su agrado y, en cuanto el Marqués de Carabás le dirigió dos o tres miradas muy respetuosas y un poco tiernas, ella se enamoró locamente de él.



El gato, encantado a ver que su plan empezaba a dar resultado, se adelantó y, encontrando a unos campesinos que segaban un campo, les dijo:



—¡Eh, oigan, buenas gentes, si no decís al rey que el campo que estáis segando pertenece al señor Marqués de Carabás, seréis hecho picadillo como carne de pastel!

Al pasar por allí, el rey no dejó de preguntar a los segadores de quién era el campo que estaban segando.

—Estos campos pertenecen al señor Marqués de Carabás –respondieron todos a la vez, pues la amenaza del gato los había asustado.

—Tiene usted una hermosa heredad –le dijo el rey al Marqués de Carabás.

—Como usted ve, señor –respondió el Marqués– es un prado que no deja de dar en abundancia todos los años.

Mientras tanto, el gato, que seguía yendo adelante, se encontró con un grupo de cosechadores y les dijo:

—¡Eh, oigan, buenas gentes, si no decís al rey que todo este trigo pertenece al señor Marqués de Carabás, seréis hecho picadillo como carne de pastel!

Un momento después, pasó el rey y quiso saber a quién pertenecía todo el trigo que veía.

—Todo el trigo pertenece al señor Marqués de Carabás –respondieron todos a la vez, pues la amenaza del gato los había asustado.

Y el rey se sentía cada vez más complacido con el Marqués.

Finalmente, el Gato con Botas llegó a un grandioso castillo. Su dueño era un temible ogro, el más rico de todo el reino, ya que todas las tierras por donde el rey había pasado le pertenecían.

El gato, que sabía quién era aquel ogro y qué cosas sabía hacer, llamó a la puerta y pidió hablar con él para presentarle sus respetos. El ogro lo recibió tan cortésmente como puede hacerlo un ogro y lo invitó a descansar un rato.

—Me han asegurado –comentó el gato mientras recuperaba el aliento– que tenéis la habilidad de convertirlos en cualquier clase de animal. Que podéis, si os place, transformarlos en león o en elefante.

—Es cierto –contestó el ogro bruscamente–. Y para demostrarlo, me veréis convertido en un león.

El gato se asustó mucho de encontrarse de pronto delante de un león y, con gran esfuerzo y dificultad, pues sus botas no servían para andar por las tejas, se trepó al alero del tejado.



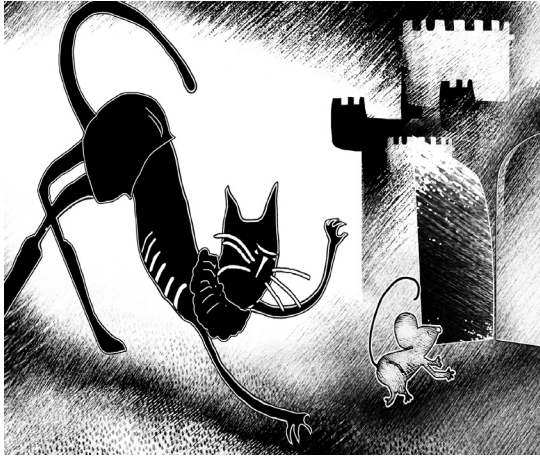
Un rato después, en cuanto el gato comprobó que el ogro había tomado otra vez su aspecto habitual, bajó del tejado y le confesó que había pasado mucho miedo.

—También me han asegurado –dijo el gato– que sois capaz de convertirlos en

un animal pequeño, como una rata o un ratón, aunque debo confesaros que esto sí me parece del todo imposible.

—¿Imposible? —replicó el ogro—. ¡Ya lo veréis!

Y mientras decía esto se transformó en un ratón que se puso a correr por el suelo. El gato, en cuanto lo vio, se arrojó sobre él y se lo comió.



Mientras tanto, el rey, al pasar ante el hermoso castillo, quiso entrar en él. El gato, que había oído el repiqueteo de la carroza al atravesar el puente levadizo, corrió a su encuentro y saludó al rey con una gran reverencia.

—Sea bienvenido Vuestra Majestad al castillo del señor Marqués de Carabás.

—¡Pero bueno, señor Marqués! —exclamó el rey—. ¿Este castillo también es vuestro? ¡Qué belleza de patio! Y los edificios que lo rodean

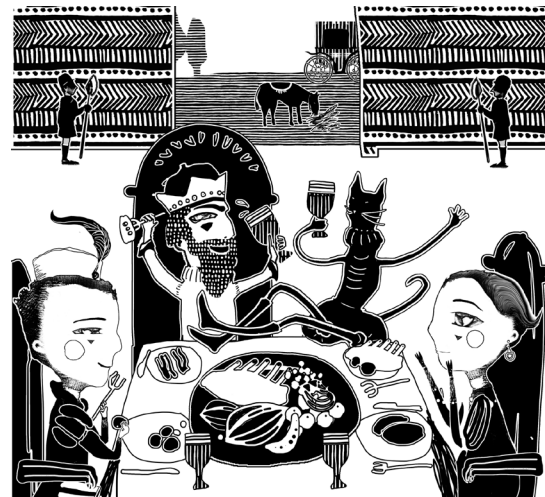
son también magníficos. ¿Pasamos al interior?

El Marqués de Carabás tomó de la mano a la princesa y, siguiendo al rey, entraron en un majestuoso salón, donde los esperaban unos exquisitos manjares que el ogro tenía preparados para obsequiar a unos amigos suyos que habían de visitarlo ese mismo día. Pero los amigos del ogro no creyeron conveniente acercarse al castillo cuando se enteraron que el rey estaba allí.

El rey, encantado de las buenas cualidades del señor Marqués de Carabás, lo mismo que su hija, que estaba loca por él, y contemplando los grandes bienes que poseía, le dijo, después de beber cinco o seis copas.

—Solo depende de usted, señor Marqués, que sea mi yerno.

El Marqués, haciendo grandes reverencias, aceptó el honor que le hacía el rey y, ese mismo día, se casó con la princesa.



**El gato se convirtió en un gran señor
y ya no corrió detrás de los ratones
más que por diversión.**



DIRECCIÓN GENERAL DE
CULTURA Y EDUCACIÓN



GOBIERNO DE LA PROVINCIA DE
BUENOS AIRES